

Andrés Castillo Aguilera
Crónicas del Butanmapu
Los Pioneros del Carbón



FUNDACIÓN BUTÁN
DECRETO EXENTO Nº 786 JULIO 2012
www.fundacionbutan.org

Los Pioneros del Carbón

Por las colinas aledañas al mar y al sur del río Biobío, hace de eso miles de años ya, surcaba el viento ululante por los bosques y azotaba los montes confabulado con el mar que parecía arrancar la tierra de los cerros a mordiscos. Las piedras ardientes afloraban, y cruzando el estrecho de Bering desde Asia, el nuevo hombre vino y encendió su hoguera como Dios prendió el sol, entibió su guarida y asó la carne con el fuego del carbón que rodaba humeante por los flancos.

Pero los milenios son para los que comprenden el valor del tiempo, y es así que miles de años después, esos mismos gases sulfurosos alertaron al lenguaraz leñador que, ignorante del tesoro que emergía de esa tierra, acusó la senda al audaz emprendedor.

“Al remontar la colina que llamaban Puchoco (del mapudungun Restos de agua: Pucho: Restos; Co: Agua) no había absolutamente nada, una que otra choza de pescadores en el extremo de una ensenada rodeada de colinas montañosas y de áridas playas en lo que el mar se estrellaba contra los flancos de los mantos de carbón”. — escribiría el pionero Rojas en 1849, quien sabía del rumor de aquel carbón que corría desde la época de la conquista, e incluso luego por los corsarios y

piratas ingleses quienes fueron los primeros en valorar las posibilidades de extraerlo al recalar en alguna orilla de isla Mocha, Santa María o Quiriquina, y en secreto el astuto isleño como el inca al español le susurraba al oído que: “...*allá, no más al sur remontando la cordillera sino tan solo allí no más, en la otra orilla...*”, en las quebradas, afloraba, no *El Dorado* ni el ficticio mineral de *Trapananda* sino el verdadero, un brillante y negro diamante que rodaba ardiente por los flancos. Pero ese inglés, curtido navegante ya sabía del valor de aquel tesoro, porque hace más de diez siglos antes de Cristo lo venían extrayendo en la China y transando por toda Asia y Europa.

Por ello no es de extrañarse que, el primer cónsul británico en Chile, con cierto sentido visionario, pronosticaba hacia 1825 que la zona aledaña a la desembocadura del Biobío al que los indios llamaban *Antulican* –del mapudungun “*Piedras como el Sol*” (*Antu: Sol; Licán: Piedras*) — o también conocido como *El Lugar de las Piedras Ardientes*, debería ser “*el lugar donde se instalen muchos establecimientos carboníferos*”.

Opinión contrapuesta a la que expresara el veinteañero inexperto aún, Charles Darwin, en los comienzos de la década de 1830, desestimando a su

paso el valor de los yacimientos carboníferos de Penco y Talcahuano.

Sin embargo, el pionero siempre rechaza lo que lo limita, y en la década siguiente se intensificaron las explotaciones en aquella área. Esta fue todavía una etapa pionera, en la que junto a algunos emprendedores británicos destacaron otros criollos como aquel Jorge Rojas Miranda, nacido en La Serena, y llegado a la región desde el norte minero. Y es así que en Talcahuano, un día de 1849 se le presentó Juan Esteban Valenzuela, aquel lenguaraz leñador que surtía con madera al establecimiento de carbón que Rojas tenía allí, ofreciéndole una veta de carbón en un sector de Coronel y por él conocido. El convenio fue gustosamente aceptado por Rojas, quien era de aquellos que si no veía no creía, así que junto a Valenzuela emprendió el viaje que los llevaría al sitio señalado. Cruzado el Biobío por el antiguo sistema de balsas y luego de una extenuante y azarosa jornada a caballo y machete en mano llegaron al punto mencionado por el leñador.

En una colina adyacente habitaba Francisco De Paula Mora, propietario de los terrenos de *Puchoco*, astutamente casado con una hija del cacique *Puchoco*. De Paula que era de ascendencia española había comprado además otras propiedades en el año de 1825 al cacique Ambrosio Regumilla y a su mujer

Santos Neculpi que era también propietaria de las tierras. Jorge Rojas, una vez inspeccionado los mantos, extrajo una muestra que llevó hacia la casa de De Paula para apreciar el real potencial calórico de ésta. Realizado el ensayo, se percataron que dicho carbón era de mejor calidad en comparación al que extraía en la bahía de Talcahuano. Entonces, el joven Darwin no estaba tan equivocado—pensó Rojas, respecto al real poder calorífico de los carbones de Penco y Talcahuano.

¡Va a comenzar la industrialización del carbón en Coronel!



Bahía de Coronel en 1849 – Foto tomada por Juan Mackay

Pero dicen que donde hay uno hubo otro, y ese era —Juan Mackay— natural de las tierras de Inverness

en Escocia y médico de profesión y que a pesar de los escasos recursos iniciales de su oficio, incursionaba también en aquellos años en el carbón porque estaba más motivado por la fiebre de la revolución industrial en Chile que en la de su propia patria.

El primer denunciante de carbón de piedra lo hizo en 1844; en el sector de Tierras Coloradas a orillas del río Andalién, conocido también con el nombre de *Vegas de Talcahuano*, por situarse donde concluyen esos terrenos, a distancia de unos ocho kilómetros de Concepción. Mackay había comenzado a explotarlos ya en 1841 y en los primeros meses de 1842 había conseguido realizar ventas a la Pacific Steam Navigation Company (P.S.N.C.), no obstante, la baja calidad de ese carbón y las inundaciones que fueron frecuentes, habrían determinado su clausura al finalizar ese año. Pero el pionero es terco, audaz y perseverante, y siempre mira hacia adelante y no hacia atrás, así que las explotaciones continuaron después de ese año, ya que en 1845 obtuvo una cuantiosa producción que fue vendida a la P.S.N.C. y a la fundición de cobre que se había establecido en la localidad de Lirquén e incluso, se efectuaron algunos envíos a Perú.

La fundición de Lirquén pertenecía a Joaquín Edwards, uno de los hijos del inglés George

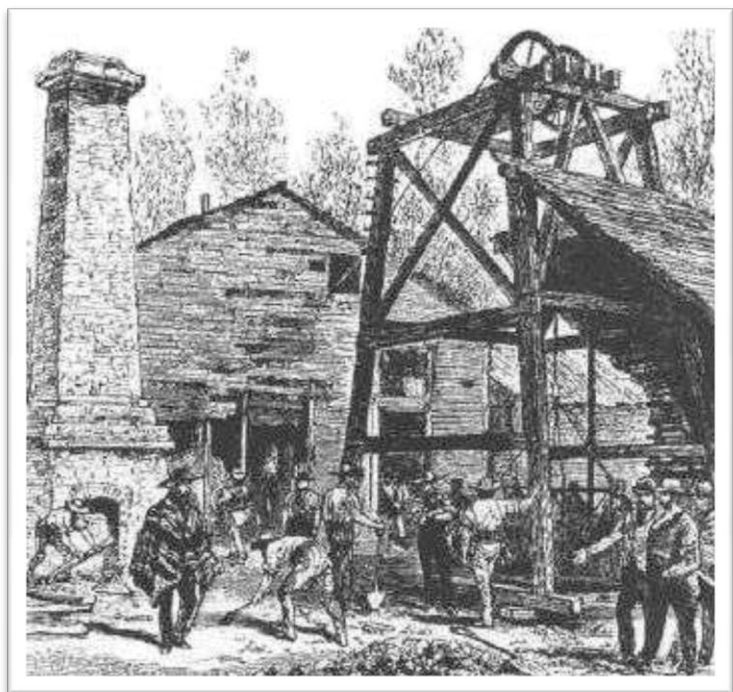
Edwards quien había arribado a La Serena en 1804 como médico del barco pirata Blackhouse y del cual desertó tras conocer a Isabel Ossandon, quien lo ocultó para no ser asesinado por el capitán y su tripulación que lo buscaban por desertor. Isabel pertenecía a una de las familias más ricas de Chile, dueña de la hacienda Peñuelas y dedicadas a la minería de esa zona, y cuyo matrimonio dio origen a una de las familias más poderosas de la oligarquía chilena. En esas redes el hijo de George, Joaquín Edwards estuvo vinculado a Tomás Tastón Smith, de nacionalidad inglesa y que era su cuñado. Tastón era propietario de un importante molino de trigo en Lirquén, proyectando sus gestiones a la exploración y explotación de carbón en el mismo terreno en que estaba situado el molino.

La existencia de carbón en Lirquén fue lo que motivó a Edwards a establecer la fundición en esa localidad. Con estos hombres y en ese ámbito se activa el catalizador del crecimiento y desarrollo y va emergiendo la revolución industrial en Chile, mientras el escocés Mackay va recorriendo en soledad con su caballo esos terrenos antes que nadie. Cruza el Biobío olfateando y sagaz como un lobo, y antes que cualquiera inicie las primeras explotaciones allí, él ya había recorrido hasta Lebu y determinado que los yacimientos que circundaban la

bahía de Coronel contenían el mejor combustible del país.

Hacia 1852 había doce propietarios mineros en Coronel, entre los que estaba el pujante Mackay. El rumor corrió rápido y tres años más tarde los propietarios habían aumentado a veintitrés; y junto a Mackay aparecían otros cuatro propietarios de origen británico.

La propiedad minera adquirida por Mackay en Coronel se denominó *El Cuatro*, quedando su hermano Robert, recién llegado a Chile, en la dirección de los trabajos. La empresa no requería de grandes capitales; las adquisiciones de terrenos se hacían a pequeños propietarios, principalmente indígenas, en condiciones muy ventajosas. Para dar inicio a las explotaciones se podía recurrir a créditos de poca monta conseguidos en Concepción o bien con las casas comerciales de Valparaíso. La venta de carbón obtenida en *El Cuatro* fue consignada a la Compañía de Lota, la más importante sociedad carbonífera que se formó en esos años y que estaba encabezada por el empresario criollo Matías Cousiño, a quien en 1855 vendió Mackay su establecimiento minero de Coronel por un valor determinado, más un saldo en contra que Mackay le debía a la sociedad comercial de Cousiño y Garland domiciliada en Valparaíso.



Croquis de un pique de carbón de la época.

En el área de Coronel figuró también otro empresario británico: Henderson Smith. Nadie sabe si era pariente o no de aquel Taston Smith de Lirquén, pero fue quien adquirió, por medio de transacciones con pequeños propietarios, derechos de explotación sobre tres minas en *Punta Puchoco*.

Pero al margen de toda esta retrospección histórica que generó el pulso vital en esta lejana tierra, y lo que más interesa destacar es que estas operaciones

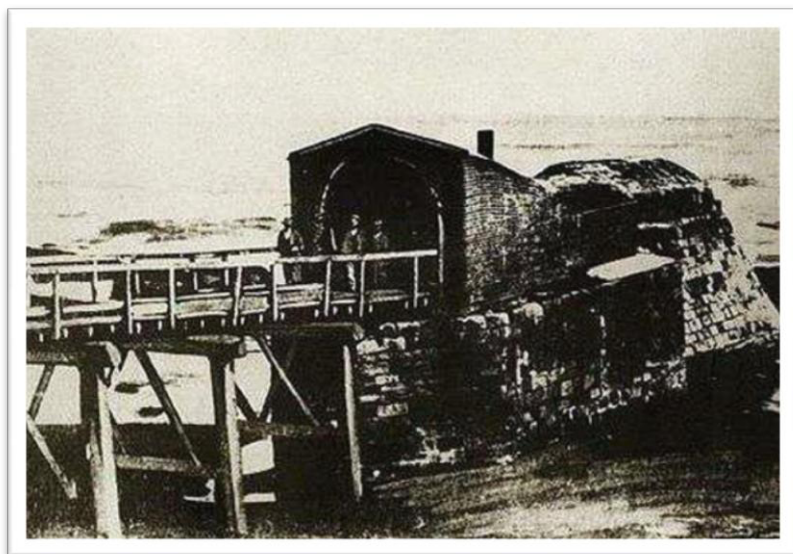
fueron el punto de partida de una de las empresas carboníferas más importantes de Sudamérica, y que fue la *Compañía Minera de Puchoco*, porque poco después de suscritos varios acuerdos y contratos entre Rojas, Cousiño, Mackay, los hermanos Délano, los británicos y los unos con los otros aparece don Friedrich Schwager, suizo-alemán, y su hijo Federico, a quienes aún suele confundírseles. Federico Schwager Maggines había nacido en Valparaíso en 1823 y a la muerte de su padre en 1861, se trasladó a Coronel pero manteniendo siempre el nexo con Inglaterra, porque era el país con el cual, después de Chile, se identificaba mejor y hablaba y escribía el inglés correctamente, pero tenía poco o ningún conocimiento del alemán, el idioma de su padre. Durante algunos años actuó como vicecónsul británico en Coronel pues estaba plenamente identificado con los círculos mercantiles británicos.



Torre de la Plaza 21 de Mayo y su reloj de cuatro esferas.
Donado por Federico Schwager en 1881 (Coronel)

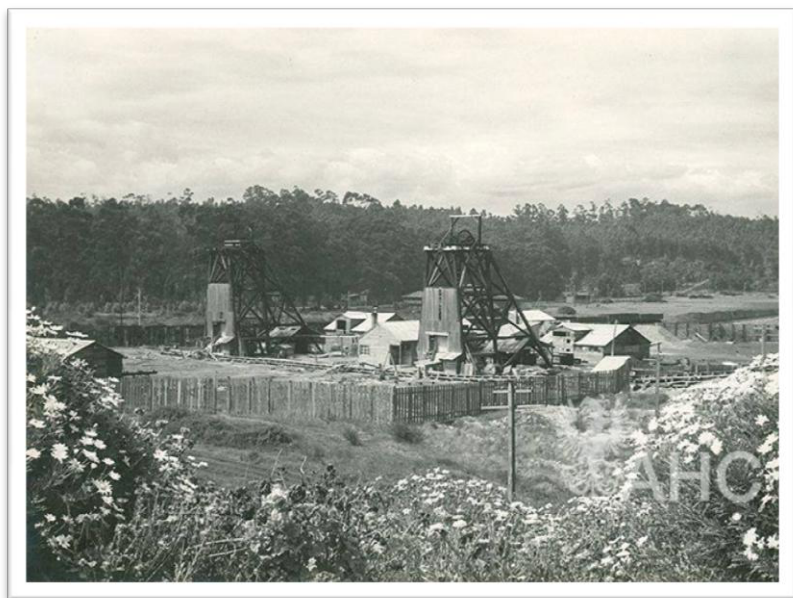
Paralelamente en Arauco, hacía ya 1866, John Thomas North, el poderoso salitrero, también incursionaba en la industria del carbón pero siendo dentro de sus inversiones las de menor importancia, sin embargo —como él mismo señalaba en 1885, *“aquella empresa carbonífera podría visualizarse con buen futuro”*. Y así también lo había visualizado don Federico Schwager en 1870 cuando al no poseer terrenos propios para construir sus chiflones, con una obra muy audaz abrió un pique inclinado en los requeríos sobresalientes del mar en la playa de

Maule, que se unía con la playa con un puente, dándole acceso al carbón submarino, esta mina se llamó Chiflón IV.



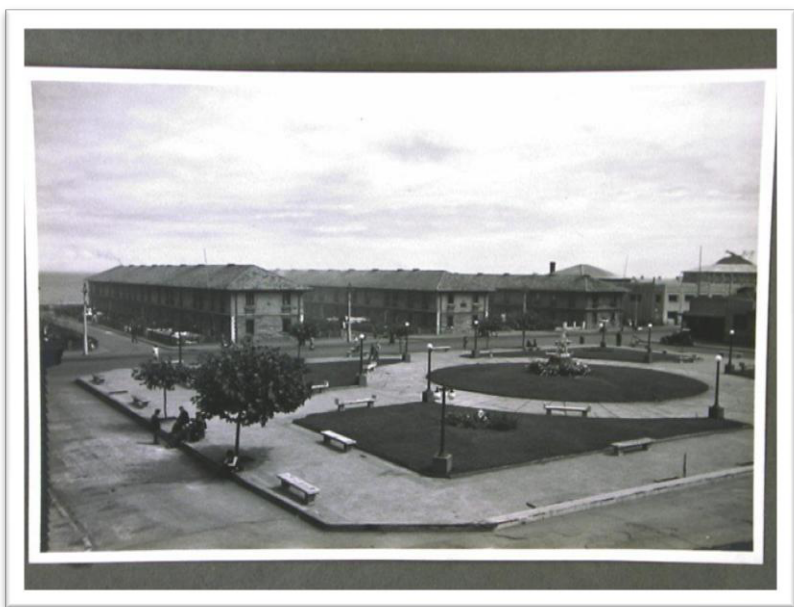
Chiflón IV construido por Federico Schwager en 1876
Playa Maule - Coronel

Posteriormente adquirió a Manuela Carvallo terrenos que esta señora poseía entre *Puchoco* y *Maule*, emplazados al poniente de Coronel.



Antiguos piques en sector Arenas Blancas de Maule

En aquel lugar Schwager perforó piques y chiflones carboníferos, pero no se quedó allí, sino que levantó también un poblado para sus trabajadores, porque al contrario de sus predecesores británicos que llegaron sólo a extraer y a comercializar, Schwager combinó el pulso del tiempo con su intuición, como lo hace el individuo clarividente el cual asume el anhelo creador de su época.



Plaza Puchoco y pabellones obreros

Pero siempre detrás de los pioneros como Mackay, Rojas o Schwager, y en cualquier tiempo, se mueven los otros como fuerzas impulsivas: los obreros, los comerciantes, los oportunistas y especuladores; también ellos con igual riesgo se embarcan en este primer pulso vital creador hacia la conquista y construcción de un mundo nuevo y mejor.

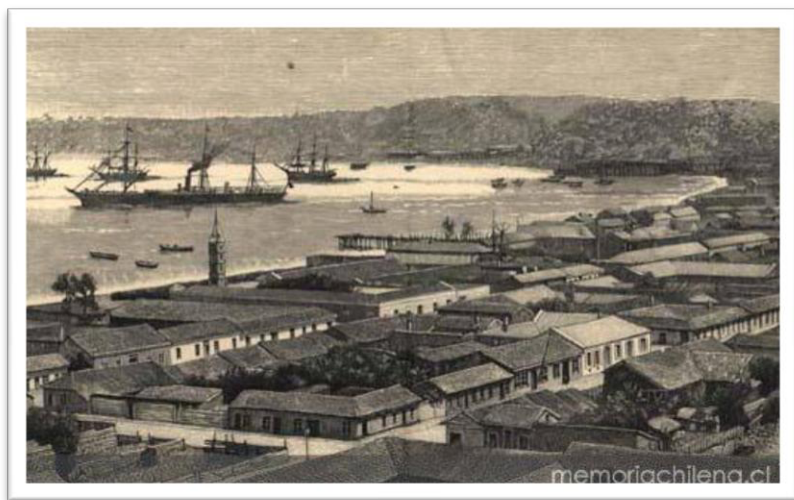


Ferrocarril llegando a Puchoco. (Schwager-Coronel)

No obstante, ningún otro hombre llegó a ocupar un sitio más alto que el de Federico Schwager en este pueblo *Andalicano* hasta hace poco indómito, cuya historia ha señalado que, a través de largas luchas invasoras y heroicas, primero luchando contra los incas, luego contra la conquista y la guerra a muerte y su ejército chileno, se resignaba este pueblo terco y valiente al dominio forastero; pero, ya como lo señaló Lautaro, vislumbraba la victoria y la independencia de su fuerza magnífica de un pueblo joven y ardiente pero que no sabía en qué emplearse. Con toda su frontera libre del yugo español y mestizada ya la tierra grande y pobre que era el *Valle de Andalicán*, no tenía más esperanzas que cazar en

los bosques de Catiray o pescar en el estero *Maule* o en la *Quiñenco* y luego, cultivar los escasos productos de la tierra y los muchos frutos que el mar le podía ofrecer.

No sabían ellos aún que su calma bahía era de las pocas adecuadas para el atraque de los barcos y su cuenca virgen y profunda ideal para la proliferación del plancton.



Bahía de Coronel – Chile (1900)

Pero, ¿Cuántos siglos tendría que esperar para aquello? Fatalmente y como escribiera el soldado español Jerónimo de Vivar, hace cinco siglos ya, la situación geográfica de *Andalicán*, a cinco leguas de Concepción (*Penco*), y aislado por el gallardo Biobío

que parece ser más infranqueable que la muralla China, es la más desfavorable entre todas las regiones de Chile, y hasta las mismas olas del Pacífico parece que sólo vienen a estrellarse contra sus cerros.

Para los exploradores no era más que colinas infinitas de bosques que precipitaban hacia el mar, impracticable para cualquier fundación humana pues es fría, húmeda y lluviosa, y emergen de la tierra misteriosas nebulosas pues no saben nada del carbón auto combustionado. *El lugar de las piedras ardientes*, dicen, y que los indios utilizan en sus hogueras como si ellos mismo fueran mil demonios emergiendo del infierno.

Pero siempre hay algo que sólo algunos pocos ven, y es la energía vasta y oculta que yace en esos abismos y hondonadas, y desde las alturas de aquel paraje infranqueable los astutos ya vislumbran la sosegada bahía ideal para el atraque de los barcos y su navegación. Es imposible dar la vuelta en barco por el sur del mundo sin reabastecer los vapores con carbón en algún lugar de la desconocida punta de puñal que es Sudamérica, la inhospitalaria tierra del sur en donde hasta *Trapananda* se les ha perdido y por el mar, la *Mocha Dick* embiste los barcos así que todo es duro e incobijable llegando casi hasta el Polo Sur que es el confín del mundo y cuya tierra a nadie

le importa porque no figura ni en los mapas ya que es la *Tierra Última* o la *Terra Australis* que era casi la misma cosa.



Gimnasio y Parroquia de Puchoco a inicios del siglo XX

Estaba reservado este sitio de la tierra y de la historia para la iniciativa del gran Federico, un real vástago chileno-inglés, el convertir el imposible sueño de su padre en posible. Ese estímulo de la imposibilidad, de enfrentar la prueba para ver si, como dice la Biblia, los últimos podrían llegar a ser los primeros.



Niñas Schwagerinas en Gimnasio de Puchoco.

Quién sabe si Almagro con su frase: *"y por aquí se va a Chile a ser pobre..."* --se equivocó. ¿Quién sabe si en los siglos siguientes este océano que se incrusta con los flancos lleve en la cresta de sus olas las riquezas eternas de Chile hacia la China? Quizá esos pedazos de raras maderas que llegaban a las costas arrastradas por el mar desde el oriente, deben haber crecido en alguna parte allá en las tierras de Gengis Kan, el imperio más grande de la historia. ¿Sería entonces nuestro destino como postulaba Nietzsche, nuestro *eterno retorno* a Asia?

¿Quién sabe si alguna vez también los canales entre mares colapsen? Acaso no es verdad que esos puentes y murallas infranqueables han caído mil veces desde tiempos inmemoriales, no obstante, las murallas empedradas del *Chiflón IV* de Maule aún permanecen en pie, perseverantemente aún alberga en su interior el espíritu creador que representa aquel castillo de los inmortales. Aún quedan sus ladrillos refractarios y piedras en pie, como paredes medievales ya rotas y heridas que persisten en la lucha, apuñalando al tiempo y rasgando al mar.



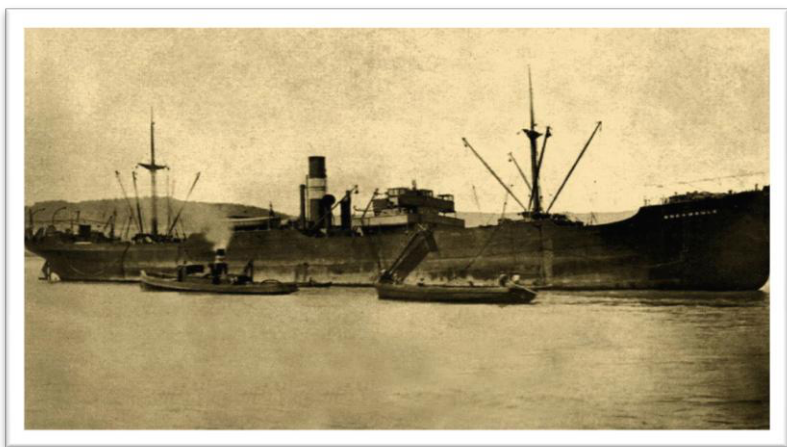
Chiflón IV de Maule 1876-1924 (Coronel-Chile)

Schwager no ha muerto, aunque hoy es casi imposible sacar en claro, de entre las piedras y

sombras de la historia, de los velos, de la leyenda y de los mitos, el detalle de las particularidades en que se movían las mentes de los Schwager, para asentar los precedentes de la industria carbonífera. Según la información, tal vez romántica, de muchos ancianos que laboraron, escucharon o soñaron junto a ellos, legaron sus anécdotas, recorría los cuatro puntos cardinales para procurarse todos los libros y mapas imaginables. Y a los sabios emprendedores mineros ingleses y alemanes les encomendaba que les enviaran desde Europa los mejores instrumentos e informes para las faenas. No había navegante o capitán que llegara al puerto de Coronel, de regreso de un viaje a quien no hiciera preguntas, y todas las noticias y experimentaciones eran cuidadosamente ordenadas en un archivo privado, a la vez que concertaba una serie de viajes y negocios. La construcción y posesión de naves propias fue también el sueño del incansable Schwager, aunque no pudo concretarlo en vida porque un trágico sino de los precursores es morir en el umbral sin haber divisado la tierra de promisión. El 24 de Junio de 1892, Federico Guillermo Schwager Maggines, teniendo tan solo 69 años de vida, fallece en alta mar, a la altura de Pernambuco (Brasil), mientras viajaba hacia Inglaterra, donde continuamente viajaba para tratarse sus problemas de salud.

No obstante y como arengaba Pompeyo, sus descendientes recogieron y fomentaron aquella doctrina del *“navigare necesse est, vivere non est necesse”* y en pocas décadas la familia ya tenía una flota carbonífera: El Boca Maule y el Federico Schwager echados a la mar en Dublin en 1921, naves insignia de su imperio carbonífero que surcaba los mares sustituyendo a las antiguas barcas que solo eran botes de pesca abiertos, con una tripulación de dieciocho hombres que cargaban la nave prácticamente a pala y que por lo demás incapaces de soportar los azares atmosféricos en la navegación de alta mar que exigía el mercado.

El Boca Maule y el Federico Schwager sin duda eran naves más aptas para el empleo de un nuevo tipo de comercialización, más agresiva, que exigía mayor volumen y velocidad.



Vapor Boca Maule en la Bahía de Coronel (1928)

Como tantos pioneros en la historia de la humanidad, ni Friedrich ni Federico quien nunca se casó, pudieron gozar una paz y armonía placentera que prometía aquel negro tesoro que sólo entibió sus frías noches en soledad. Quizá ellos como los otros que vinieron después, también intuían que aquella tierra que los había deslumbrado como un poema épico, contenía la respuesta sobre la naturaleza del hombre y su razón existencial e histórica, y entregados al viento del destino, asumieron la construcción de aquella *Trapananda* fantasiosa, aunque sólo exista hoy, en el marco del recuerdo y el olvido.

Al no poseer descendencia directa, los bienes de Federico pasaron a su hermana Marion, casada con

Adolfo Claud, quién paso a ser el contralor de la empresa. El hijo de Adolfo, don Federico Claud, entró en el directorio de la empresa carbonífera en el año 1902 y fue nombrado presidente en 1912, cargo que ocupó durante cuarenta y cuatro años.



Club Social Maule fundado en 1926 (Coronel-Chile)

De este modo el supremo quiso que el sueño primero de Friedrich y luego el de Federico, pudiera verse en los hechos y en la acción, porque sus descendientes rentabilizaron la empresa multiplicando su fortuna, y, en definitiva, el éxito decisivo estaba logrado. Porque el primer triunfo de la minería carbonífera chilena en aquel entonces no consistió precisamente en los avances y en el trecho recorrido por la industria, sino en un factor de

carácter moral: en el acrecentamiento del espíritu de superación de un pueblo y del apetito emprendedor de esos superhombres que como una chispa lo encendieron, y que selló la abolición de una leyenda o estigma nefasta que por siglos se había susurrado más allá del Biobío, y que era que al sur del mismo, el temido *Butanmapu* era una zona de guerra, tribus de indios indomables y luego, de vagabundos, aventureros y bandoleros al margen de la ley, desobedientes a cualquier cabeza, autoridad o rey.



Escuela de Maule 1940 (Schwager- Chile)

No obstante ahora, con la industrialización del carbón, aquel punto muerto de aquella loca

geografía había sido vencido. Incluso, en las minas ya no se precisa reclutar mano de obra escocesa bajada de barcos que viajan hacia Norteamérica, porque de todas las tierras llegan voluntarios, aventureros o gente dispuesta a catar la aventura del carbón. Todo aquel que, a lo largo de Chile y el mundo se sienta descontento de la suerte o relegado y no tiene paciencia para esperar, los hambrientos de los campos y los segundones, sin inmediata ocupación, los bastardos de los grandes señores y la gente de conducta turbia, perseguida por la justicia, tienen aquí con Schwager una nueva oportunidad.



Estación de ferrocarriles de Coronel

Los codiciosos, los comerciantes, los especuladores cargan con cuanto pueden en los barcos desde el norte de Chile, desde España o Italia; pero es forzoso ejercer ahora la autoridad haciendo cara a los aventureros y fugitivos que llegan de todas partes, prontos a sacar el cuchillo para pasar delante de los demás; es por eso que así como en otro tiempo, Mackay suplicaba a Dios e imploraba a la gente que trabajara, ahora acuden a Coronel aldeas campesinas enteras, y los jefes ingleses y los patrones de barcos mercantes que llegan al puerto de Coronel no saben cómo librarse del alud de los desterrados de Europa.



Economato de suministros y población Puchoco.

Una inmigración alcanza a la otra; y es que, en realidad, como si de pronto se hubiera disipado aquella niebla de gases sulfurosos y de norte a sur, de oriente a poniente surgen por todas partes poblaciones, parroquias y escuelas nuevas.

Es cierto, para algunos, para aquellos que laboran en el *frente de carbón* el trabajo es duro y peligroso, pero la gente es libre como las aves y nadie es forzado a trabajar en las minas, aun así cada viaje de tren trae feliz y acrecienta los convoyes de esperanzas, y, de pronto, se dispone de una generación de jóvenes, sea cual fuere su condición, valorados por la prontitud de acceder a un trabajo porque es verdad: este importa más que la vida.

Laborare necesse est; vivere non est necesse pareciera ser ahora el nuevo sermón supremo que difunden los hombres en el puerto, en la aduana, en la estación, en las cantinas y en las parroquias de Coronel y Schwager, y así como el *mapuche* en otro tiempo, el *kuyulche* vuelve a ejercer el dominio de su alma. Y ya es sabido que donde exista una generación decidida, el mundo transformará.

Los pioneros del carbón

©Derechos Reservados del autor

Andrés Castillo

ISBN 978-956-8969-16-5

Registro de la Propiedad Intelectual:

Nº e/t

Directora-Editora:

Ingrid Odgers Toloza

Producción:

Ma. Cristina Ogalde

Manufacturado, armado y guillotinado

Material bajo Copyright

CON TODOS LOS DERECHOS

DEL AUTOR RESERVADOS

Impreso por Ediciones Orlando

edicionesorlando@gmail.com

Celular: 961559699

Avenida 21 de Mayo 2659 – Cs 12

Concepción, Chile – Octubre 2016

PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN

IMPRESA O DIGITAL, PARCIAL Y TOTAL

Auspicio: Fundación Artística y Cultural Bután

www.fundacionbutan.org

Contacto: butan@butan.cl www.butan.cl

Impreso en Chile / Printed in Chile